

## Lluvia de hojas

Nuria Vega-Moffat  
Traductora, comunicadora  
Falk Elementary,  
Madison Metropolitan School District  
Estados Unidos de América

Recibido 7/04/2010 • Aprobado 22/09/2010

Ana Lucía era una joven bastante tímida con tantas destrezas como complejos, pero ella misma lo ignoraba. Dibujaba maravillosamente y de eso sí se sentía orgullosa y segura. Tal habilidad era una de las pocas cosas heredadas de su padre. En el Liceo de Heredia, antigua Escuela Normal, Anita sacaba excelentes calificaciones y terminaba antes que todos los trabajos asignados por Don Ólger Villegas, su profesor de dibujo, ahora reconocido escultor costarricense.

Las destrezas manuales de Anita tampoco pasaron inadvertidas para su profesora de Biología, Mariana, a quien estudiantes y parroquianos apodaban Mariana la loca, sobrenombre que se había ganado por su forma extravagante de vestir y por su forma particular de expresarse y de actuar.

Era una mujer gruesa, de rasgos campesinos, de cabellos largos y canosos, siempre trenzados sin mayor cuidado. Pese a que había viajado mucho, tenía varios títulos universitarios y hablaba varios idiomas, Mariana utilizaba una jerga muy popular y se ganaba fácilmente el favor de sus estudiantes con su singular personalidad. Ella quería que fueran críticos, que en vez de memorizar, comprendieran la materia, que sacaran sus propias conclusiones y utilizaran su propio vocabulario.

Mariana era famosa por expresiones que repetía en todas sus clases: “¡Ah no, muchachos, aten cabos, déjense de preguntas!”—solía increpar para urgir a sus estudiantes a pensar por sí mismos. Llegaba al colegio con pedazos de cinta adhesiva adheridos a su vestido, los que luego arrancaba, uno a uno, conforme los iba necesitando, para pegar láminas ilustrativas en la pizarra.

El trabajo práctico y las ayudas visuales eran instrumentos vitales de su método de enseñanza y cuando descubrió las habilidades de dibujo de Anita, le asignó la tarea de ayudarle en la pizarra a ilustrar sus lecciones. Así, Anita dibujaba desde una célula y sus partes, hasta el ciclo biológico de la lluvia.

Una vez cuando Mariana abordó la clase de anatomía, organizó grupos para que diseccionaran varios sapos. Observar las entrañas de los animalillos y dibujar lo observado en el cuaderno de ciencias, era parte fundamental del aprendizaje en las lecciones de Mariana. Como pocos en la clase tenían el don del dibujo y

muchos hasta evadían la tarea con el escalpelo por puro asco, Anita, que era introvertida pero no tonta, aprovechó la oportunidad para ganarse unos bien necesitados pesos dibujando, pintando y vendiendo sus dibujos a los compañeros.

Anita tenía a su favor el hecho de que su colegio, como todos los colegios del Estado, carecía de recursos. En esos tiempos, pocas instituciones poseían mimeógrafo y si lo tenían, enfrentaban limitaciones con el papel. De manera que la mayoría de los materiales impresos que los estudiantes obtenían de los profesores, eran los exámenes. Los estudiantes tenían que copiar la materia de la pizarra y elaborar sus propios dibujos en clase.

En aquellas épocas, en Tiquicia, todavía los estudiantes trataban los cuadernos con esmero: sin borrones, sin tachones, sin saltarse hojas, con cuidadas de ilustraciones, los forraban con papel sobrio y les pegaban etiquetas para identificar al dueño y la materia. Aquellas ilustraciones, en adelante y con un poco de suerte, serían fuente de ingresos para Anita.

Por mucho tiempo, Anita se había estado preguntando de dónde iba a sacar el dinero para hacerse el vestido largo para el baile de fin de año. El baile era la tradicional fiesta de despedida que los estudiantes de cuarto año ofrecían a los de quinto que salían de la institución. La actividad se celebraría, una vez más, en la suntuosa Sala Magna del Liceo, una reliquia arquitectónica de belleza sin igual en la Ciudad de las Flores.

Con la ilusión de costearse el vestido, Anita llegaba a su casa a calcar una y otra vez sus propios dibujos, multiplicándolos, coloreando y clasificando sus ilustraciones para luego venderlas: un colón por ésta en blanco y negro; dos colones por aquella otra ya coloreada... De manera que los sapos, con sus órganos internos expuestos, iban y venían por los salones de clase en hojas de papel blanco, 8 ½ por 11 pulgadas, para ilustrar cartapacios y cuadernos. Aquel mísero animal, reposado sobre su espalda, con sus patas extendidas hacia los lados en forma de cruz y su cuerpo abierto, de tajo a rajo, exponiendo pulmones, corazón, hígado, vísceras y demás, saltó por todo el colegio. La voz llegó a oídos de muchachos de los otros grupos de cuarto año que estudiaban la misma unidad, quienes se apresuraban a colocar su pedido. También llegó la noticia hasta los estudiantes de tercer nivel, quienes se interesaron en comprarlo pensando en guardarlo para el año siguiente.

Anita no daba abasto. Sus manos y sus ojos se cansaban en aquella ardua tarea, a veces a la luz de una candela, porque en su casa, repetidas veces, no se pagaba la luz, sino solo las multas de atraso en los pagos para mantener el derecho al servicio.

El vaivén de hojas se mantuvo por varios días ante los ojos y el entendimiento de Mariana. Una vez agotada esta fuente de ingresos para Anita con el paso a otra unidad de estudio, cuyo monto apenas alcanzó para comprar más hojas y lápices y si acaso para comerse un helado de la Pop's o un taco durante el recreo, la

joven se enfrentó con otra singular tarea. Un día, al final de su clase, Mariana se le acercó para hablarle de un proyecto en el que estaba trabajando donde podría usar la ayuda de Anita como dibujante:

“—Anita, fíjese que estoy haciendo un estudio de la vegetación costarricense, analizando y clasificando hojas de árboles. Sus servicios para dibujar individualmente esas hojas en papel blanco me serían de gran ayuda. No es necesario colorearlas. Yo le proporcionaré lápices de mina, hojas de papel y las muestras de hojas de árboles que estoy coleccionando. Le puedo pagar un colón por cada dibujo. Ya tengo algunos dibujos en un Ampo para ilustrar mi investigación, pero necesito muchos más. Empezaríamos en cuanto usted pueda, mañana mismo, si le es posible. ¿Qué opina?”

—Por supuesto, Doña Mariana... ¡Encantada de servirle!— respondió Anita, sintiéndose muy importante y viendo ya realizado su sueño del ansiado vestido. Así fue como por muchas semanas, al finalizar su clase, Mariana proveía a Anita de hojas, hojas y más hojas verdes, de todo tipo, tamaño y tonalidad, y las acompañaba de aún más y más hojas de papel blanco, necesarias para realizar el consabido proyecto.

Por su parte, Anita trabajaba con ahínco en su casa todas las tardes después del colegio. Dibujaba y dibujaba hasta que los cabos de candela se derritieran en el plato de lata blanco con flores azules en el centro, sobre la mesa de cocina, que funcionaba como escritorio, moledero, mesa de comedor, de costura y de juegos de naipes. Todo cuanto se hacía en la casa, se hacía sobre el mantel plástico de cuadritos rojiblancos que protegía una mesa que ya no era necesario proteger y que a lo mejor, nunca mereció ser protegida.

Mientras su madre escogía los frijoles en un lado de la mesa, Anita desparramaba sus hojas al otro extremo. Como era perfeccionista, no se conformaba con poco. Cuando el objeto de su observación era demasiado simple, se pulía en detalles minúsculos para hacer de aquello una verdadera obra de arte. Dibujaba desde la vaina, donde se hacía evidente la agresión y la prisa con que las habían arrancado del tallo, hasta el ápice, agregando detalle a la nervadura, al borde y al pecíolo de hojas dentadas, lobuladas, hendidas, partidas, acorazonadas y trifoliadas, algunas con superficies con textura de gamuza, otras brillantes y lisas como el jade. Por sus manos pasaban hojas de arce, higuierón, guanacaste, cristóbal, caobilla, guayacán, cedro, guapinol, lorito, jacaranda, llama del bosque, tamarindo y un sinnúmero de especies frutales y arbustos de toda clase. Ciertamente le habían dicho expresamente que no era necesario colorear los dibujos, pero nadie le había prohibido usar su lápiz Mongol No2 para más que un delineo, por lo que se dio a la tarea de emplear con dominio la técnica del claroscuro.

Cuando Anita recibió de su profesora el pago inaugural, lo primero que hizo al llegar a casa fue tomar una hoja de papel y un lápiz pero esta vez sus trazos se desviaron de los duplicados de sapos y de las innumerables hojas, para diseñar el vestido de fiesta que se haría con las ganancias, el cual ya podía visualizar con

lujo de detalle. Sería azul marino, sin mangas y metido de hombros para terminar en un cuello de pulgada y media de alto. Tendría una abertura en forma de gota de lluvia, pero grande, que partiría de la base del cuello y bajaría en un escote revelando, apenas insinuatamente, la unión de sus pechos. Estaría totalmente ceñido al cuerpo hasta un par de pulgadas por debajo de la cadera, de donde partirían ocho pliegues drapeados que lo elevarían en un ondulado vuelo a la hora de bailar. Lo quería tan perfecto, que esta vez pondría la tarea en manos de una costurera experta y con buena fama de su barrio y lo encargaría con varias semanas de anticipación para darle la oportunidad de trabajar con calma y mucha minuciosidad.

Después de varios días, Mariana autorizó a Anita para recolectar especies de hojas de arbustos y árboles para dibujarlas. Ella se tomó esta tarea tan a pecho que en corto tiempo ya no podía contener el torrente de hojas en su pequeña casa, todavía saturada con pliegos de papel dibujadas con ranas por vender. Anita no tenía un escritorio, ni siquiera un espacio privado para estudiar, y necesitaba clasificar sus hojas: las que había dibujado y las que no; las de arbustos y las provenientes de árboles; las de árboles madereros y las de frutales, pues pensó que a Mariana le interesaba mantenerlas separadas; las que creía haber dibujado antes pero que no estaba segura y debía consultar a su profesora; las que coleccionó, pero no le parecieron en buen estado y era su intención buscar de nuevo; las que eran para entregar esta semana y las que podían esperar hasta la siguiente... pues el dinero se le hacía más, acumulando el trabajo realizado.

Así fue como el humilde cuarto que compartía con su hermana, se inundó con una lluvia de hojas verdes naturales y de hojas blancas de papel. Había hojas en su mesita de noche, debajo de estatuilla de La Nigüenta, que descansaba sobre un tapete plástico redondo que imitaba encaje; las había debajo de la planta artificial de geranios, encima de su tocador de falsa madera; debajo de su cama, en la caja de cartón donde guardaba sus cuadernos; hojas en la repisa, llena de muñecas de infancia; hojas en su ropero, en el cajón de revistas y en cualquier parte donde se posaran los ojos.

Cuando ya no se pudo respirar en la agobiada alcoba, sin percibir el olor a bosque, al desgastado y desmoronado borrador blanco de coco y a restos de mina y de madera que su tajador sacaba de los *choncos*<sup>1</sup> de lápices Mongol, Anita guardó sus hojas debajo de los sartenes, en el horno de la cocina *Fast Cook* que Don Joaquín, el dueño de la fábrica, le había regalado a su padre, en la cual, de todas maneras, nunca se podían dar el lujo de hornear nada. Guardó, también, hojas encima de la nevera amarilla y encima del aparatoso televisor *Motorola* en blanco y negro que hacía de mesa perfecta donde ya, de por sí, había montones de cosas: la lámpara con la negra desnuda, el radio de tubos con dos perillas, el florero con flores de papel hechas por su mamá, la foto de su papá trabajando en

---

<sup>1</sup> N.d.E.: Costarricense que se refiere a incompleto. En este sentido, un lápiz desgastado y achicado por el excesivo uso.

*Radio Atenea*, un candelero de bronce y ahora, además, las hojas de papel, debajo del largo tapete que soportaba todo.

En esto se había transformado la rutina y el hogar de Anita por varias semanas. Muy cerca estaba ya de completar los pesos para su vestido de fiesta cuando un día Mariana le pidió que entretuviera al grupo dibujando en la pizarra las partes de una planta y el proceso de la fotosíntesis, mientras ella conversaba unos minutos con el director del colegio en el umbral del salón.

Buscando tiza y un borrador para acometer su encargo, Anita se dirigió al escritorio de su profesora y abrió la larga gaveta del centro, movió para acá y para allá un montón de chucherías, deslizó hacia adelante unos libros que le obstruían la vista del fondo de la gaveta y quedó anonadada ante la visión de ese instante: empujadas hacia atrás, amontonadas y despiadadamente arrugadas, se hallaban varias decenas de sus elaboradas obras de arte sumidas en el olvido y tratadas como basura.

Su instinto la dirigió a abrir una a una las otras gavetas, develando una realidad insospechada. Aquello fue un insulto a su vanidad de artista y sintió una rabia incontenible que se disipó casi de inmediato cuando cruzaron por su mente, como cruzan por la del moribundo, fugaces escenas, claves de su vida, en una innumerable cantidad de situaciones transcurridas en aquel año con Mariana.

Las neuronas de Anita se apresuraron a hacer una serie de conexiones, tejiendo la maraña de recuerdos y dando respuesta a muchas preguntas que se había planteado antes en repetidas ocasiones. ¿Por qué las hojas que Mariana le daba parecían haber sido arrancadas de sus tallos con prisa y sin el menor cuidado? ¿Por qué había dejado de coleccionarlas su profesora, confiando en su estudiante para un proyecto de investigación de tanta importancia? ¿Por qué insistía, a veces, en pagarle mucho más de lo acordado?... Pero sobre todo, vino a su memoria el incidente de los zapatos... sí... un día en que Mariana le dio dinero y le pidió que fuera a la zapatería de Don Carlos, a pocas cuadras del Mercado Central, a comprar un par de zapatos de colegio para su sobrina quien, casualmente, calzaba lo mismo que Anita, solo para regresar al día siguiente al colegio con ellos y con la historia de que ya su hermana le había comprado a la muchacha los zapatos y que Anita podía quedarse, entonces, con el par nuevo que por encargo, la había enviado a comprar.

Estas y otras escenas se atropellaron en su mente haciendo que Anita experimentara un coctel de sentimientos: sorpresa, incredulidad, desilusión, gratitud y compasión. Sí, compasión, compasión por quien sentía compasión por ella. Anita se dirigió a la pizarra con el borrador y la tiza en la mano y con una maraña de pensamientos y sentimientos agolpándole en la cabeza. Mariana ingresó al salón. Faltaba poco para concluir la clase; luego vendría el recreo grande y Anita tendría suficiente tiempo para digerir su chocante visión aunque ya comprendía bien todo lo sucedido y había montado, mentalmente, el diálogo que sostendría con su profesora.

Al terminar la lección, Mariana se acercó a Anita:

— ¿Cómo está de materiales Ana Lucía?

—Bi...bien Doña Mariana. ¡Gracias! respondió Anita con un nerviosismo controlado.

— ¡Su trabajo es muy bueno! Ya falta un mes para concluir este año lectivo. ¿No importa si terminamos el proyecto de las hojas con la conclusión del año?, para entonces ya tendré suficientes ejemplares en mi Ampo.

Anita guardó silencio por solo un par de segundos, mientras confirmaba para sí misma la respuesta que pocos minutos antes había planeado pues ya había llegado a la conclusión de que la relación con su profesora era una simbiosis. Ella necesitaba de Mariana para terminar de redondearse el costo del vestido, pero Mariana necesitaba todavía más de ella para concluir su obra de caridad dignificada.

— ¡Por supuesto Doña Mariana! ¡Encantada de haber trabajado para usted!